



Florence Thomas*

Mujeres, vejez y algunos aportes del feminismo

* Psicóloga, Coordinadora del Grupo Mujer y Sociedad.

Después

*Cuando me haya bebido mi último café,
cuando haya acariciado mi último recuerdo,
cuando el mundo de sueños que habitó mi añoranza
haya llegado al fin.*

*Cuando mis años mozos definitivamente se hayan ido,
seré de nuevo bruma en mitad de la noche,
y sendero perdido en el horizonte
y tierra amiga.*

*¿Energía que nace a otras cosechas?
Energía en el cosmos infinito.*

Carmina Navia Velasco

La vejez. Las mujeres viejas y los hombres viejos. Sí, así se llaman y no utilizaré ningún eufemismo para suavizar los efectos de una acumulación de juventudes para las mujeres de mi generación. Es decir las que estamos en el séptimo piso.

La vejez. Poco se habla de ella desde el feminismo. Parecería que para nombrarse feminista hay que tener 30 años. Sin embargo todas las mujeres que fueron protagonistas de la revolución femenina en Colombia tienen hoy entre 50 y 80 años. Las mujeres que hoy tienen 18, 25 o 30 años, recibieron las conquistas de sus madres o de sus abuelas. Son feministas jóvenes y extrañamente, sus madres, sus abuelas, no han hablado, o tan poco, de lo que significa tener 60, 70 o 80 años hoy desde una mirada de la sospecha que nos ha permitido mirar el mundo desde otra orilla.

Yo, lo he hecho públicamente solo dos veces a través de mis columnas de *El Tiempo*. Una en el 2003 “Tener 60 años”, y la otra en 2013 “Tener 70 años”. Las reproduzco.

Tener 60 años

*Tener 60 años es tener dos veces 30 años; es entonces reconocer la densidad y riqueza del ayer y lo frágil y precario del mañana; es estar dispuesta a vivir intensamente la década que se abre con la lúcida convicción de que puede ser la última —o por lo menos la última en poder vivirse intensamente—; es ya no posponer los sueños y hacerlos realidad en la medida de lo posible. Es alegrarse cuando, al despertar, a uno le duele algo: una articulación, la garganta, la cabeza, porque significa que está viva —esto me lo enseñó un amigo algo pesimista y a la vez de una gran lucidez en cuanto a los pequeños estragos de los años acumulados—. Tener 60 años es tener respeto a los espejos porque no mienten y no volverán a mentir nunca más; tener 60 años es por fin saber quiénes son sus verdaderos amigos y amigas y haberse ganado el enorme privilegio de no simular más frente a los otros; es saber decir “no” cuando es “no”; es conocerse a fondo y poder, por fin, dialogar con su cuerpo, conocer los caprichos de su digestión, los ritmos de su corazón, la capacidad de sus pulmones y la susceptibilidad de sus articulaciones en tiempos de lluvia. Tener 60 años es burlarse de todas las dietas de las revistas femeninas porque ya uno sabe perfectamente cuál es su dieta de vida. Tener 60 años es conversar con la soledad y nunca sentirse sola con ella. Tener 60 años es ya no pedir permiso a nadie para cumplir un viejo sueño, para ir a cine a las tres de la tarde, tomar un aguardiente antes de la telenovela de la noche o prender la luz a las tres de la mañana para leer nuevamente un capítulo de *En busca del tiempo perdido* de Marcel Proust porque no logró conciliar el sueño. Es saber que nadie nos espera en casa y alegrarse porque podrá almorzar o comer con lo que más le gusta:*

una ensalada acompañada de pan y queso. Poder comer lo que le antoja a la hora que le antoja es un verdadero lujo para una mujer, y esto lo puede hacer a los 60 años, o lo debería poder hacer. Sí, porque al escribir esto, sé una vez más que soy una mujer privilegiada. A la vuelta de la esquina de mi casa, una mujer como yo, de 60 años, es desplazada, violentada y olvidada.

Tener 60 años es asombrarse de lo que ha logrado con sus hijos o sus hijas que ya están en la década de los 30. Es inaugurar por fin nuevas miradas, nuevos diálogos con ese sentimiento de desprendimiento y de levedad frente a ellos o ellas. Lo hecho, hecho está y ya no existe sino el asombro frente a estos hombres o mujeres que un día, hace mucho, habitaron en sus entrañas y, algo más tarde, se refugiaron en sus brazos buscando consuelo. Tener 60 años hoy es a veces ser una abuela indecente, enamorada, liviana y desculpabilizada.

Tener 60 años es entender el misterio de la vida y empezar a confrontarse con la muerte, sin temor ni tristeza porque está ahí asomándose, tímida pero inexorablemente. Tener 60 años es empezar a despedirse demasiado temprano, siempre demasiado temprano, de buenos amigos o amigas. Tener 60 años es tener dos veces 30 años, o sea mucha juventud acumulada. Hoy, doy la bienvenida a mis recién inaugurados 60 años.

Tener 70 años

Hace algo más de un mes cumplí 70 años y hoy me pregunto si seré capaz de escribir algo nuevo sobre lo que significa para una mujer, en estos tiempos, tener 70 años. Hace una década iniciaba la columna diciendo que tener 60 años era reconocer la densidad y riqueza del ayer y lo frágil y precario del mañana. Y hoy lo reitero, solo que esta sensación es cada vez más intensa. El ayer se vuelve entonces inmenso, llena casi toda la vida y para mí, se resume

cada vez más a un extraño retorno a mi infancia y adolescencia en una Francia de post-guerra.

Debe ser esto la vejez: mucho pasado, es decir, mucha juventud acumulada. En cuanto al mañana, ya ni siquiera es frágil y precario sino ineludible y de alguna manera sigiloso. Después de ver la película Amor, es difícil encontrar las palabras para hablar del mañana; sin embargo esta dura y bella película me reafirmó que, a pesar de todo, es necesario hablarlo y preverlo sin miedo ni temores porque es imposible negarlo. El mañana se asoma irremediabilmente y la serenidad para enfrentarlo se vuelve escasa.

Y bien, de todas maneras lo hecho está hecho y es mejor no sentir ninguna rabia con lo que se llama sin eufemismo, la vejez, y acogerla con las aun algunas ventajas que llegan con ella. Por ejemplo y en mi caso, un amor cada vez más pronunciado a una soledad habitada que algunas mujeres como yo han tenido la inmensa suerte de poder construir. Por supuesto hace mucho tiempo que sé que soy una mujer privilegiada. Ahora bien, sería ingenuo negar la llegada de los estragos que acompañan los años: digestión caprichosa, dolores musculares y de huesos más de una mañana y pereza para salir a caminar en esta caótica ciudad. Y es también aprender a decir no cada vez más pues uno ha aprendido a conocer sus límites y si bien todavía aceptar algunas citas de trabajo no solo es indispensable para la salud, para la mía por lo menos, me he vuelto una mujer difícil, es decir una mujer que sabe decir no cuando siente y sabe que ya existen múltiples nuevas vertientes del feminismo que responderán probablemente de manera más actualizada a nuevas demandas generadas por los actuales contextos de este complejo país. Y sí, menos ganas de competir, menos ganas de saber más y más deseos de estar cerca de la gente. Menos afán de querer decir, de querer saber, y más deseos de querer sentir, de estar con.

Sin olvidar que por fin con 70 años, uno se puede mirar al espejo sin aprensión. Ya lo que se grabó en la cara y en el cuerpo ya está y no hay nada que hacer. Ni siquiera Amparo Grisales podrá escapar a ese hecho vital. Nadie lo puede hacer. Además, es saber sin equívoco ninguno, quiénes son sus verdaderas amigas, aquellas con las cuales uno puede estar por fin, sin fingir, y en mi caso, sin tener que exiliarme en la tierra del padre porque con ellas vivo en una patria, hablo un idioma en femenino y conozco los sabores más dulces de la vida. Marguerite Yourcenar decía que una de las raras ventajas que reconoce a la vejez es esta posibilidad de quitarse la máscara en todas las ocasiones. Y es cierto.

Por supuesto tener 70 años es también y lógicamente confrontarse cada vez más con la muerte y asumir los duelos de los amigos y amigas que se fueron antes de uno. Y con esto, sí es difícil acostumbrarse. Es aceptar que las funerarias y los cementerios se volverán lugares frecuentes de visita y que las despedidas superarán de lejos los nuevos encuentros. Esto también es tener 70 años: una infinita tristeza instalada irremediabilmente en los meandros de la vida.

Estos dos textos son columnas periodísticas, no hondas reflexiones desde el feminismo. Las escribí sin despojarme de una mirada feminista pues ya no puedo hacerlo; esta mirada me adhiere a la piel como una segunda escritura. No obstante, su finalidad no era preguntarse lo que significa la vejez desde los aportes del feminismo contemporáneo. Solo eran reflexiones muy desde la vida y un sentir a flor de piel.

Ahora bien lo que nos aportó el feminismo es, entre muchas otras cosas, una mirada de la sospecha sobre los discursos culturales y probablemente e inevitablemente hoy, una mirada que nos permite partir de sí como nos lo recomendaron las feministas italianas del pensamiento de la diferencia.

Entrando entonces en el tema específico de la vejez, tenía varias opciones para ofrecerles.

De hecho escribí estas columnas para convencer a mis amigas generacionales que, entrando en esta etapa, la de los 60 años o la de los 70, es necesario aprender a burlarse de los discursos de una cultura que nos quiere, o nos vuelve, invisibles, calladas y deterioradas. Discursos de una sociedad basada cada vez más en una lógica de mercado que exige productividad y consumo, lógica que los medios se encargan de difundir con sus comerciales que no hacen sino mostrarnos el universo de una juventud asociada a la belleza, al éxito y al amor. En este contexto, ser deseada después de los 60 años parecería ser un imposible. Y sin embargo las mujeres de más de medio siglo encima de los hombros ya conocen su cuerpo, ya resolvieron los problemas de la maternidad, saben cocinar, o no, ya tienen una historia, eso sí, todas, y sobre todo reflejan esta belleza, esta expresión, esta mirada que les ha regalado la vida y la experiencia de los amores difíciles.

Y entonces estoy pensando también volver a leer con ustedes las 10 últimas páginas de una inmensa novela de Gabo, *El amor en los tiempos del cólera*, cuando Florentino Ariza y Fermina Daza, sumando los dos más de 150 años, después de 53 años, siete meses y once días con sus noches, hacen por fin el amor, descubriendo los dos que hacer el amor es mucho más que un acto biológico de penetración ligado a ciertos estímulos hormonales. El amor, el erotismo y la circulación del deseo no tienen nada que ver con la química, a pesar de algunos artículos que salen periódicamente para tratar de convencernos que el amor es una cuestión de química y que pronto podremos ver una molécula de amor debajo de un microscopio. Sí, que bello este libro si lo comparamos con las putas tristes de su último cuento que nos viene a contar las miserias de la vejez masculina cuando necesita carne fresca antes de

morir. Ese viejo y eterno cuento de los miserables putos del mundo. Y aprovecho para contarles que mi computador me subrayó putos como palabra que no existe, mas no putas...

Pero Florentino y Fermina están ahí para mostrarnos que, más allá de las modificaciones biológicas debidas a la edad avanzada de los dos, y de todo lo que nos ha contado la cultura y el discurso medical tradicional sobre el secamiento de las paredes vaginales y la disminución del deseo sexual entre otras cosas, desear al otro está hecho de muchos elementos que permanecen intactos a pesar de los años. La circulación del deseo, desde lo imaginario, lo simbólico, la palabra y la experiencia amorosa acumulada, puede más, mucho más que la edad de nuestra piel y de nuestras hormonas.

“... Vivían horas inimaginables cogidos de la mano en las poltronas de la baranda, se besaban despacio, gozaban la embriaguez de las caricias sin el estorbo de la exasperación. La tercera noche de sopor, ella lo esperó con una botella de anisado (...), necesitaba un poco de aturdimiento para no pensar en su suerte con demasiada lucidez, pero Florentino Ariza creyó que era para darse valor en el paso final. Animado por esa ilusión se atrevió a explorar con la yema de los dedos su cuello marchito, el pecho acorazado de varillas metálicas, las caderas de huesos carcomidos, los muslos de venada vieja. Ella aceptó complacida con los ojos cerrados, pero sin estremecimiento, fumando y bebiendo a sorbos espaciados. Al final cuando las caricias se deslizaron por su vientre, tenía bastante anís en el corazón.

-Si hemos de hacer pendejadas, hagámoslas -dijo- pero que sea como la gente grande.

La llevó al dormitorio y empezó a desvestirse sin falsos pudores con las luces encendidas. Florentino Ariza se tendió bocarriba en la cama, tratando de

recobrar el dominio, otra vez sin saber qué hacer con la piel del tigre que había matado. Ella le dijo: “No mires”. Él preguntó por qué sin apartar la vista del cielo raso.

-Porque no te va a gustar- dijo ella.

Entonces él la miró, y la vio desnuda hasta la cintura, tal como la había imaginado. Tenía los hombros arrugados, los senos caídos y el costillar forrado de un pellejo pálido y frío como el de una rana. Ella se tapó el pecho con la blusa que acababa de quitarse, y apagó la luz. Entonces él se incorporó y empezó a desvestirse en la oscuridad, tirando sobre ella cada pieza que se quitaba, y ella se las devolvía muerta de la risa...”

Dejo aquí para no aburrirlos, pero como lo saben, Florentino y Fermina no se separaron un solo instante en los días siguientes.

Es una lección que nos da García Márquez a través de sus dos protagonistas, una lección de humanismo, una prueba de nuestra humanización, una prueba bellísima de que definitivamente nos hemos alejado del macho y de la hembra que solo pueden obedecer a determinismos biológicos en el único contexto de la reproducción. Amar y desear a los cincuenta, sesenta, setenta y ochenta es la victoria de lo simbólico, de lo imaginario y del erotismo sobre la triste cópula de los animales y desafortunadamente de algunos animales de la especie humana también...

Por supuesto que para vivir esto es necesario, como ya lo mencioné, decir adiós a los estereotipos culturales que constituyen a menudo nuestras propias ataduras. Es probablemente necesario haber sido protagonista de lo que fue la revolución pacífica de las mujeres para resignificar nuestras existencias bajo nuevos parámetros; y sé también que todas las mujeres colombianas de mi edad no han podido aun vivir esto, quiero

decir los profundos cambios en la identidad femenina que ocurrieron durante los últimos 60 años. Mi generación pertenece a una generación de protagonistas históricas sin precedentes: la ciudadanía, hace ya más de 60 años — en 1954 obtenemos el derecho al voto—, la anticoncepción, que nos permitió por primera vez en la historia de la humanidad, separar por fin la sexualidad de la reproducción, hace ya 50 años; la educación y la universidad que nos permitió empezar a existir desde un ser de sí; el trabajo que nos sacó del patio de atrás y nos proporcionó alguna autonomía e independencia económica. Más de 60 años de lucha nos cambiaron la vida en medio de enormes resistencias.

Las imágenes culturales de mujeres mayores de mi infancia hablaban de mujeres tristes y vestidas de gris, de señoras de la misa de seis, de señoras bien avejentadas, la maestra de escuela con su traje sastre y su peinado de moña y de las abuelas o tías solteronas, o mujeres llenas de experiencias pero relegadas al patio de atrás repitiendo con sus nietos y nietas lo que habían hecho toda la vida. Eran las mujeres viejas de mi infancia. Por supuesto existían excepciones como lo fue Esmeralda Arboleda y sus compañeras de lucha quienes, ya en 1930, sintiéndose incómodas en un mundo de hombres que no las dejaban existir en el sentido moderno de la palabra, iniciaron una batalla tenaz para el sufragio femenino. Fueron 20 años de lucha en las cuales oyeron cualquier cantidad de imbecilidades por parte de los patriarcas de este país.

Hoy las imágenes de mujeres de 50, 60, 70 son múltiples, variadas y a menudo sorprendentes. Se están forjando nuevos imaginarios a partir de la multiplicidad de identidades femeninas. A veces nosotras mismas nos miramos y no lo creemos. Y los que no lo creen son ante todo los hombres, nuestros compañeros generacionales quienes a veces, torpemente, llegan a imaginar

que las mujeres envejecemos solas mientras ellos se conservan eternamente jóvenes... si supieran a veces cómo, ante nuestras miradas tiernas y compasivas, adivinamos la inmensa fragilidad que difícilmente esconden. De verdad creo hoy que es urgente trabajar estos temas con los hombres también. Creo que hoy por hoy es más difícil para los hombres acomodarse a la andropausa que para nosotras a la menopausia. La cultura es muy dura con los hombres que entran en esta etapa de la vejez. Muy dura porque existen también imágenes culturales para ellos, esas imágenes del viejo verde que puede todavía seducir a una mujer que tenga mucho menos de la mitad de su edad. Duro soportar ese cliché cuando sabemos que un hombre de 60 o 70 ya no tiene mucho para seducir con los criterios de una cultura patriarcal que pone el éxito y el poder sexual como garantes de la seducción. Poder sexual masculino a los 60 o 70...olvídense... yo los conozco, hombres de mi generación, y al menos de una gran fortuna que pueda suplir una poderosa erección...no tienen gran cosa para mostrar. Al mismo Florentino le pasó. *—Está muerto- dijo él, sin ilusiones;* le tocó confesar a Fermina que la primera vez siempre le pasaba lo mismo, una mentira piadosa por supuesto. Pero a ellos dos no les importó mucho porque sabían que el erotismo tiene múltiples otros recursos que la erección y la penetración. Y sí, creo que es, hoy por hoy, más duro envejecer para los hombres porque ellos de verdad se han fosilizado mientras nosotras evolucionamos como nunca antes. Hoy día las mujeres son el verdadero motor del cambio, los hombres no. Las mujeres han resignificado casi totalmente su existencia. Los hombres no. Las mujeres en poco tiempo, quiero decir en algunas décadas, han inaugurando todo: la palabra, la escritura, el saber y la participación en los espacios públicos; pero también han reinventado el amor desde un cuerpo que por fin les pertenece, han inaugurado un deseo propio que ya no necesita mimetizarse sobre el deseo masculino

y por supuesto han inaugurado una vejez llena de posibilidades insospechadas hace solo cinco o seis décadas.

Sí, tener 50 años o 60 hoy, puede ser un goce. Para mí lo fue. Como hija simbólica de Simone de Beauvoir, el fin de la menstruación fue un alivio, un nuevo respiro de mi cuerpo, el inicio de un ciclo culturalmente más productivo, una etapa de crecimiento intelectual y laboral. No sé si es coincidencia pero empecé a escribir libremente a los 47 años, justo al momento de la menopausia. Tener 50 años o 60 es iniciar el camino hacia la levedad. Ya se resolvieron los grandes problemas de la vida de una mujer. La maternidad se asume por fin sin culpa. Los hijos y las hijas son ya mayores y se instalan nuevos encuentros con ellos y ellas. Es el momento también de nuevos diálogos con el cuerpo, ese nuevo cuerpo, tratando de desechar los estereotipos recibidos y los mensajes negativos sin descuidar los evidentes efectos que puede tener esta disminución drástica de los estrógenos sobre el organismo en general.

Entonces la vejez puede ser un privilegio, una nueva posibilidad de goce. Pero para que esto ocurra, los discursos de los médicos y las médicas, de los ginecólogos y las ginecólogas deben cambiar. De hecho están cambiando pero demasiado lentamente y como de todas maneras, con la Ley 100, ya no hay tiempo que perder, no hay tiempo de hablar con su paciente —además los médicos y las médicas hablan hoy día con su computador olvidándose completamente que delante del computador hay un ser humano, en nuestro caso, hay una mujer —, entonces les pediría que hablen con esta mujer que a veces ha tomado cita ante todo para hablar, para que alguien la escuche y no tanto para obtener una fórmula. Señores ginecólogos, señoras ginecólogas, hablen con sus pacientes, tómense el tiempo de hablar, de escucharlas, de preguntarles sobre la calidad de su vida familiar, laboral, amorosa,

sexual. La medicina nunca hubiera debido dejarse medir con criterios de rentabilidad. Ustedes saben más que yo que la palabra, muy a menudo, cura más que la fórmula. Cuéntenles que hacer el amor sin consultar el calendario, sin píldoras o dispositivos intrauterinos, dejando circular libremente el deseo, es un privilegio; cuéntenles que puede ahora amar de manera liviana y sin culpa porque a los cincuenta años, a los sesenta años, uno, digo una, conoce su cuerpo y debe saber amar. Cuéntenles que nunca es tarde para empezar a amarse a sí misma, a cumplir viejos sueños, a volver a enamorarse porque el divorcio o la separación no son fracasos, son derechos que hablan de la libertad para volver a empezar. Ellas necesitan escucharlo. Claro, sé que están las oleadas de calor, pero pasan, ¿cierto? A mí me pasaron del todo —la homeopatía y la acupuntura hacen milagros, las terapias de sustitución hormonal también—, y en cuanto a la reseca de las paredes vaginales, se la inventó una cultura misógina porque los hombres patriarcales prefieren tener sexo con jovencitas que con mujeres maduras que podrían enseñarles cosas que ni siquiera sospechan... Después de algunos ajustes normales y el reconocimiento de ese nuevo cuerpo, yo sí amé mis 50 años, mis 60 años. Y estoy aprendiendo a amar con algo más de resignación mis 70 años. Pero para esto, lo repito, es necesario haber tenido la oportunidad de reflexionar sobre muchos eventos de la vida en cuanto mujer, haber tenido la suerte de encontrar un ginecólogo, y más a menudo una ginecóloga, inteligente que no se encierra en el discurso médico, haber podido siempre hablar y compartir con otras mujeres, aprender de las otras, tener redes de apoyo, es decir, trabajar los aportes del feminismo que hoy permiten resignificar muchos eventos de nuestras vidas y sobre todo comprender el impacto de la cultura sobre nuestras vivencias. Entonces, para una feminista, para una mujer de cambio, los 50, los 60 y los 70 pueden ser un privilegio.

Ahora, ustedes me dirán que estoy hablando con el deseo. Por supuesto que en un país como Colombia, si bien la esperanza de vida está en aumento como en casi todos los países del mundo, no podemos olvidar la guerra y sus estragos tales como el desplazamiento forzoso, la pobreza, y aun la falta de educación para muchas mujeres de mi edad, sin hablar de la gran mayoría de ellas que están sin pensión. Lo que restringe enormemente las nuevas posibilidades mencionadas anteriormente que suenan más a utopía que a realidad. Sin embargo en estos cincuenta últimos años, las mujeres hemos aprendido a volver las utopías realidades día a día.